

Masculinidades y subjetivización política en el movimiento obrero argentino a comienzos del siglo XX

Walter L. Koppmann

Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” – CONICET, Universidad de Buenos Aires

Abstract: Masculinities and processes of political subjectivization of the labour movement in Argentina at the beginning of the twentieth century

The article analyzes the process of construction of worker masculinities in the working class of Buenos Aires during the first decades of the twentieth century, using the case study of the wood and furniture industry. Gender demarcation lines are identified through the analysis of discourses, practices, and forms of sociability, using the union labor press as the main input. Within this universe of meanings, the intervention of left-wing currents (anarchists, socialists, revolutionary syndicalists) on the processes of political subjectivization and union organization was studied. *Keywords:* masculinities, working class, wood and furniture industry, union organization, Buenos Aires.

Resumen

El artículo analiza el proceso de construcción de las masculinidades obreras en la clase trabajadora de Buenos Aires durante las primeras décadas del siglo XX, valiéndose del estudio de caso de la industria de la madera y el mueble. Se identifican las líneas de demarcación del género mediante el análisis de los discursos, las prácticas y las formas de sociabilidad, utilizando la prensa obrera gremial como insumo principal. Dentro de este universo de sentidos, se estudia la intervención de las corrientes de izquierda (anarquistas, socialistas, sindicalistas revolucionarios) sobre los procesos de subjetivación política y organización sindical. *Palabras clave:* masculinidades, clase trabajadora, industria de la madera y el mueble, organización sindical, Buenos Aires.

Introducción

El 1° de mayo, más que al pasado, mira al presente para preparar el porvenir. Y al porvenir no se le puede esperar con llanto, como en el combate diario que libra contra el mundo capitalista, no se puede estar con lágrimas en los ojos.
1° de mayo, El Obrero en Madera, núm. 30, 1/5/1909.

La declaración precedente, dividiendo a quienes luchan de quienes lloran, ilustra de forma típica una concepción de la masculinidad obrera presente en la protesta laboral de comienzos del siglo XX, que buscaremos problematizar, delimitar y especificar en las siguientes páginas. El objetivo de este artículo es aportar al conocimiento sobre el proceso de formación de las masculinidades obreras en un momento clave de la historia nacional argentina, enfocando el mundo del trabajo, la comunidad de oficio y las líneas de demarcación del género dentro del movimiento gremial, sin perder de vista cómo la dinámica de la conflictividad laboral y la intervención de las corrientes de izquierda delinearon un continente de valores y sentidos, comprendiendo un aspecto clave de las vidas obreras. Nuestra hipótesis central sostiene que la experiencia de los trabajadores madereros emergió como una forma distintiva de la clase obrera, producto de su desarrollo en un ambiente social tensionado por múltiples dimensiones como el género, la etnicidad y procesos culturales específicos. En un contexto de modernización urbana, el género condicionó los procesos de subjetivación política y reforzó las divisiones dentro de la clase sobre una estructura productivo-genérica. De modo general, el proletariado formó una parte de su propia cultura como consecuencia de los procesos de segregación y diferenciación social vinculados al desarrollo de las urbes capitalistas.

En las últimas dos décadas, los estudios históricos sobre el mundo del trabajo evidenciaron la necesidad de incorporar los avances verificados en distintos campos mediante la creciente adopción de una perspectiva de género, lo cual en los hechos amplió la perspectiva sobre ciertos sujetos (en particular, las mujeres y las infancias), dimensiones (como la reproducción social) y, de modo general, sobre aspectos y temas previamente desatendidos por los investigadores. En el caso del movimiento obrero en Argentina, la necesidad específica de incorporar el prisma del género en los análisis coincide con un momento expansivo que vive el campo de estudios desde hace, al menos, quince años. Numerosas publicaciones, jornadas y proyectos lo evidencian, impulsadas por el descubrimiento de nuevas fuentes, el cruce y diálogo entre tradiciones historiográficas y, en muchos casos, la creciente adopción de una perspectiva comparativa a nivel global, latino o, cuanto menos, sudamericano.

Dentro de los estudios de género, sin embargo, es bastante reducido el número de trabajos sobre masculinidades y, en particular, sobre masculinidades obreras y populares en el lapso situado entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX (Rodríguez, 2010). Para la Argentina, un primer conjunto de investigaciones, arraigadas en la historia laboral, analizaron las masculinidades tomando como estudio de caso una rama productiva o un grupo social específico (D'Uva 2019; Nieto & Laitano 2019; Caruso 2016; Lida 2016; Scheinkman 2015; Gutiérrez 2013; Palermo 2009; D'Antonio 2000). Podría considerarse que estos trabajos se ubicaron en el camino abierto por los estudios pioneros de Solberg (1969), comprendiendo los problemas urbanos de la modernidad en clave comparativa con Chile; Guy (1991), sobre la prostitución femenina como

fenómeno local y global; Gayol (2000), analizando la sociabilidad y “honorabilidad” masculinas.

En este sentido, varios artículos recientes profundizaron una dimensión relativa a cómo las distintas transformaciones sociales y culturales en las nuevas urbes, demandantes de amplios flujos de fuerza de trabajo masculina, implicaron una reorganización de la sexualidad (Ben 2007; Simonetto 2020). A su modo, se trata de un abordaje prolífico para el caso de las sociedades latinoamericanas en el cambio de siglo, ya sea enfocando el flujo migratorio transatlántico (Putnam 2011), las pautas alimenticias (Drinot 2005), la conscripción militar (Beattie 1996) o las formas de recreación y las izquierdas (Navarro López 2019), por citar solo algunos ejemplos. Frente a fenómenos característicos de la modernidad urbana (como la prostitución o el alcoholismo), las clases dominantes y las fuerzas de derecha también plantearon un determinado ideal de masculinidad, encarnado en la defensa de la familia y la nación (McGee Deutsch 2006). En esta dirección, otros trabajos exploraron las masculinidades mediante análisis culturales, literarios y/o discursivos, relativos a las nuevas identidades populares resultantes de la formación de una sociedad híbrida, con una elevada proporción demográfica de origen extranjero (Maristany & Peralta 2017; Bernal 2015; Archetti 2003; Savigliano 1993/94). Por último, el abordaje de otros casos latinoamericanos, aunque situados en otros períodos, permite enriquecer los estudios locales así como también habilitan una perspectiva comparada (Menjívar Ochoa 2010; Teixeira da Silva 2004; Klubock 1998; Farnsworth-Alvear 1996).

En síntesis, el repaso sobre los principales aportes del campo delinea un terreno fértil, amplio aunque inexplorado, estructurado sobre los vectores y entramados sociales que constituyeron y traccionaron las identidades genéricas de la clase trabajadora y, en particular, las masculinidades a comienzos del siglo XX, en el contexto de urbes latinoamericanas en pleno crecimiento, ligado a su inserción en el mercado mundial y a los nuevos medios de transporte, tanto de objetos como de personas, que permitieron vincular regiones alejadas en una dimensión nunca antes vista. En este marco, el artículo plantea reducir la escala de análisis para ganar en profundidad, tomando a los trabajadores de la industria de la madera y el mueble de la ciudad de Buenos Aires como un estudio de caso que permita enfocar los pliegues y contornos de las subjetividades obreras con mayor precisión. De este modo, creemos que se enriquece la indagación sobre el mundo del trabajo, las formas de activación sindical y la conflictividad laboral, así como el universo de culturas políticas de izquierda (socialistas y anarquistas, primero, sindicalistas revolucionarios y comunistas, más tarde), reflejando y cristalizando determinados valores, discursos y prácticas, que luego se integrarían en la argamasa cultural de la clase.

Para cumplir estos objetivos, nos valdremos de la prensa obrera, sobre todo los periódicos socialistas – *La Vanguardia* (LV) – y anarquistas – *La Protesta* (LP) –, la prensa gremial (*El Obrero Ebanista*, *El Obrero Constructor de Rodados*, *El Obrero Carpintero*), fuentes estatales del Departamento Nacional del

Trabajo (DNT) y bibliografía secundaria. Con un ritmo de publicación diario en el caso de LV y LP, se trata de materiales únicos e indispensables para estudiar en detalle las subjetividades obreras, las vivencias cotidianas y los conflictos laborales y sociales. De este modo, en primer lugar se plantea analizar la compleja fisonomía que presentaba la rama maderera y su vinculación con el acelerado crecimiento urbano. En segundo lugar, se indagan las líneas que demarcaron las masculinidades obreras, es decir, aquellos rasgos representativos, estereotipos y sentidos de pertenencia, de los cuales resultó una identidad característica, buscando precisar, además, qué alcance tuvo el contrapunto entre obreros cualificados y no-cualificados, entendiendo al género como un factor tensionante de las relaciones sociales. En tercer lugar, las identidades modelaron ciertas esferas de la reproducción social (Bhattacharya 2017) al tiempo que se cristalizaron en oposición a determinadas figuras: las “mujeres chismosas”, los “maricas” y los obreros devenidos patrones, los “traidores”. Finalmente, se observan las actividades y espacios de sociabilidad, ocio y recreación, fuera de los lugares de trabajo.

En suma, el artículo aborda un momento clave en la historia nacional, donde la sociedad argentina traspasó el umbral de la modernidad, emergiendo la contradicción principal entre capital y trabajo y, como consecuencia, la presencia insoslayable de la clase trabajadora en tanto sujeto social popular *par excellence*, fogueando una experiencia y una conciencia común que se acentuarían – no sin fluctuaciones, gradaciones ni fragmentaciones – durante las décadas posteriores.

Fisonomía del sector productivo, comunidad de oficio y formación de clase

A principios del siglo XX, la ciudad de Buenos Aires atravesaba un acelerado proceso de expansión urbana, alimentado por la llegada de un masivo flujo migratorio transoceánico, mayoritariamente masculino, de origen italiano aunque también español, francés, ruso, sirio-libanés, entre otros grupos étnicos predominantes. Reflejaba, a su modo, el boom exportador de materias primas que vivían ciertas regiones del planeta, donde el desbalance demográfico-genérico transformó las relaciones entre hombres y mujeres y creó nuevas formas de conducta sexual (Ben 2017 pp. 65-70). Así, encabezada por los varones trabajadores del hogar, la cadena migratoria familiar solía luego extenderse hacia otros grupos de coterráneos (Devoto 2009).

Como parte del fenómeno de expansión urbana, el sector de la madera y sus distintas sub-áreas cumplían una función insustituible en aspectos nodales del *hinterland* porteño, en la infraestructura y el transporte urbanos y dentro del hábitat popular, concentrando las tendencias más contradictorias del despliegue capitalista (Camarero & Ceruso 2015). Unos pocos capitales extranjeros y mixtos dominaban los establecimientos aserraderos, muebleros y constructores de carruajes, coexistiendo con cientos de talleres de escala reducida, llamados “boliches”.¹ Con un promedio de cinco obreros por unidad productiva, el pro-

ceso de trabajo lindaba por momentos con formas de producción artesanales y se desenvolvía bajo reglas de creación artística.² En contraste, los aserraderos contaban con las máquinas más avanzadas para la época y, en algunos casos, proveían de energía al área circundante (Patroni 1897).

En una visión global, una masa de jornaleros sin calificación convivía con obreros-artesanos altamente cualificados, con un presumible acervo cultural y educativo, probablemente alfabetizados y, en no pocos casos, autodidactas en el terreno político y en la formación militante. Existía una distancia considerable, por lo tanto, entre trabajadores cualificados y no-cualificados, diferenciando atmósferas laborales, niveles de organización, esferas de circulación y consumo de las mercancías producidas y, en cierto modo también, galvanizando la subjetividad obrera, las masculinidades y las identidades de clase. De esta manera, el grado de calificación según el oficio involucraba un conjunto de rasgos específicos dentro del sitio laboral, así como fuera de él. Al respecto, son valiosos los aportes sobre la cultura obrera británica, reconstruyendo cómo el aprendizaje tendía a hacer hereditarios los oficios entre varones, los cuales tenían sus propias costumbres, sus propios lugares de reunión, a menudo una forma de hablar y vestir distintivas y un gran espíritu de cuerpo, reforzando de modo conjunto la endogamia masculina y la solidaridad gremial (Stedman Jones 2014).

La contrapartida del escaso desarrollo capitalista en la rama era, entonces, el poder que tenían ciertos grupos de obreros hombres cualificados (comunidades de oficio) sobre el mando del proceso productivo, poder de raigambre artesanal que la administración científica del trabajo se esforzó por abolir. Como ha observado Hobsbawm (1998 p. 125) para las economías europeas a finales del siglo XIX, “cuando los empresarios eran fuertes y los trabajadores débiles, la dirección, a través de las máquinas y las órdenes, imponía su propia división del trabajo, pero en los restantes casos los trabajadores especializados podían enzarzarse en duras ‘disputas de demarcación’”. Las divisiones de la estructura social no sólo eran verticales sino también horizontales, entre artesanos y trabajadores, entre gentes y ocupaciones “respetables”.

De igual modo, el maltrato y sometimiento de los aprendices era una costumbre dentro de los talleres: los menores de edad debían limpiar los establecimientos, cargar y descargar madera, mover los muebles, preparar la cola, entre otras tareas que los oficiales se negaban a realizar. Con frecuencia, estos no dudaban en aprovecharse de la jerarquía artesanal para cometer toda clase de abusos y maltratos. En alguna medida, las humillaciones y agravios contra los aprendices formaban parte de una cultura típicamente artesanal, heredera de una tradición gremial en la cual los menores eran “iniciados” en el oficio a golpes y mediante todo tipo de ataques por parte de los oficiales y maestros, como narra Darnton (1984) en su estudio clásico sobre el gremio tipógrafo francés. En resumen, los obreros manuales cualificados tendieron a encabezar los procesos de lucha política, formación de partidos y estructuración sindical, constituyendo el núcleo más activo y seguro de sí mismo de la nueva clase pro-

letaria. Podríamos pensar que no pocos atributos y prácticas masculinas se compusieron y reconfiguraron en los distintos momentos de esta larga transición.

Figura 1. Carpintería mecánica y mueblería artística Marconi hermanos (*Albúm de la industria argentina*, 1923)



Es evidente que la realidad circundante para un oficial ebanista empleado en una casa de muebles finos o para un maestro escultor, que trabajaba en su domicilio particular, era profundamente diferente a la de un carpintero de la construcción, un peón aserrador o un estibador de madera en el puerto. Si en la producción de muebles y gran parte de la carpintería civil solían prevalecer patrones y talleres medianos-pequeños, con excepción de unas pocas fábricas de origen extranjero, en el caso de los astilleros y los aserraderos mecánicos (que funcionaban como empresas de construcción), se trataba de capitales mucho más concentrados, cuyos establecimientos se regían por un sistema de máquinas, donde los accidentes eran frecuentes y, muchas veces, fatales. Las caídas en las obras de construcción y las amputaciones entre los aserradores y carpinteros se contaban entre los siniestros más comunes; no pocas veces los obreros quedaban sepultados mientras acomodaban materiales en los depósitos o corrales.³ La violencia bajo distintas formas, por ende, impregnaba el carácter masculino y las relaciones entre estos trabajadores.

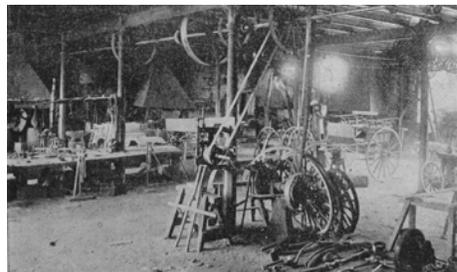
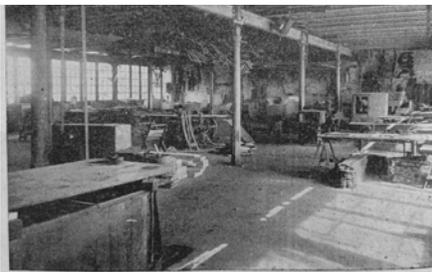
En la mayoría de las factorías aserradoras, un “espíritu de obraje” envolvía la atmósfera: el mando despótico de capataces y gerentes así como un ritmo de producción frenético funcionaban como mecanismos reguladores y disciplinadores, obstaculizando la estructuración sindical. Los gritos y maltratos (hasta físicos, en el caso de los peones infantiles), las máquinas en el centro del proceso productivo, la nula libertad de movimiento al trabajar, las jornadas prolongadas y los accidentes cotidianos componían el universo laboral de estos obreros sin cualificación. Aunque no pueden descartarse para el otro grupo (menos aún en tiempos de crisis), esta clase de situaciones parecían ajenas al horizonte de un constructor de carruajes o de un ebanista. Hasta qué punto esta distancia fue tan marcada es lo que, en todo caso, debe reconstruir la investigación.

Figura 2. Interior del aserradero Crestin y cía., s/f (*Álbum de la industria argentina*, 1923)



Si bien por estos años los militantes libertarios todavía se debatían entre formar agrupaciones para intervenir en el movimiento sindical (organizadores) y quienes se oponían (antiorganizadores), se podría afirmar que, en el caso de la industria porteña de la madera, en aquellos subsectores donde las condiciones laborales eran más hostiles o las patronales más poderosas (como los aserraderos del puerto o las obras de construcción), el peso del anarquismo superaba en influencia a los socialistas (aunque no ocurrió lo mismo en las principales fábricas de muebles).⁴ Siguiendo este razonamiento, si la presencia libertaria podía ser detectada entre aquellos trabajadores expuestos a condiciones laborales hostiles o empleados por capitalistas poderosos, del otro costado aparecían los gremios dirigidos por socialistas, cuyo denominador común era la alta cualificación (no obstante varios oficios ligados al anarquismo también exigían un alto nivel de especialización, como los carpinteros de obra). De este modo, los constructores de carruajes, ebanistas, torneros y escultores tendieron a estructurarse sindicalmente bajo una preponderante influencia del Partido Socialista. En cualquier caso, no se trataba de un aspecto exclusivo del sector maderero sino, antes bien, parece haber sido una característica verificable en otras ramas productivas (Oved 2013; Poy 2020).

Figura 3. Carpintería y herrería de la fábrica de carruajes Fehling (Papke y Dankert, E. G. "Finanzas, Comercio e Industria en la República Argentina", núm. 1, "Oficina de Informes Comerciales", 1898)



Son varios los factores que contribuyeron a facilitar la militancia socialista, entre otros: la tendencia de los trabajadores cualificados a rehusar la acción directa y la violencia en ocasión de conflictos (ya que la percibían como innecesaria para ganar); cierto acervo cultural; el dominio espacial y temporal del proceso productivo, logrando una mayor comunicación entre sí; y, en términos generales, la tendencia a ser un grupo compacto y homogéneo, refractario a entremezclar reivindicaciones políticas con reclamos gremiales.

Por el contrario, para estudiar al anarquismo deben considerarse una multiplicidad de tendencias, prácticas y de “caos doctrinal” dentro del mismo campo de acción (Suriano 2001 p. 78). Este carácter multifacético en una sociedad étnicamente heterogénea generó una fuerte atracción por la cultura ácrata entre aquellos trabajadores más radicalizados o insatisfechos con la situación imperante, amalgamando diferentes orientaciones que no necesariamente podían encuadrarse en los márgenes estrechos de un partido. Así, la heterodoxia ideológica, la acción directa y la “categórica frontalidad” del movimiento ácrata ofrecieron respuestas inmediatas a las necesidades cotidianas y las expectativas de una vida mejor, en una coyuntura donde pocos cubrían ese rol (Camarero 2011).

A partir del contrapunto entre oficios, cualificaciones y culturas políticas, corresponde señalar las trayectorias sindicales disímiles de estos trabajadores. En primer lugar, sobresale el sindicato de ebanistas, fundado en 1896 y cuya sólida estructuración lo posicionó como una de las principales organizaciones obreras durante el primer cuarto de siglo, con un promedio de 1.000 cotizantes mensuales, una tirada del periódico que orillaba los 5.000 ejemplares y alrededor de 118 talleres organizados hacia 1928.⁵ En segundo lugar, aparece el sindicato de carpinteros, abocado al área portuaria y la construcción, cuya existencia fue intermitente y, en general, eclipsada por el sindicato mueblera. Por último, los gremios de oficio, de los cuales el más importante fue el de constructores de carruajes, disuelto después de 1910.

Finalmente, es necesario recrear el proceso de subjetivación identitaria en conexión con la teoría de la reproducción social, desarrollada notablemente en los últimos años (Bhattacharya 2017; Arruzza 2013). El empleo generalizado de menores de edad en los talleres y grandes fábricas obliga a estudiar el papel del trabajo infantil así como, del mismo modo, no debería descartarse la invisibilización del trabajo femenino, en parte bajo la forma de la producción a domicilio. Si bien excede los límites del presente trabajo, creemos que el juego de reciprocidades entre estas distintas esferas habilita una mirada integral sobre el proceso de formación de la clase trabajadora, entendido como parte del despliegue de la economía capitalista en el medio de un país dependiente en grado sumo del mercado mundial como era la Argentina a comienzos del siglo XX.

Líneas de demarcación de una identidad genérica

Tratándose de una rama masculina casi en su totalidad, se podría suponer una cierta necesidad por apuntalar aquellos rasgos conceptuados como propios y exclusivos de un “hombre”, en tanto características opuestas a quienes no eran percibidos como tales. En general, existía un universo de representaciones relativas a la masculinidad y la madera, asociado a la dureza, la fortaleza y el “darle forma”, siendo un material utilizado tanto para alimentar el fuego como para elaborar armas, herramientas y construcciones. Podríamos pensar que esta relación primaria entre el ser humano y la transformación de la madera solidificó distintas formas de trabajo y valores sociales según cada modo de producción de la vida.

En el sector porteño de la madera a comienzos de 1901, un llamamiento para organizar la sección sur del sindicato mueblero declaraba: “Es preciso que los obreros de la Boca y Barracas demuestren que son dignos de considerarse hombres altivos y viriles, alistándose en las filas de la sociedad de ebanistas. Acudan, pues, todos como un solo hombre”.⁶ Pocos años después, otro artículo sostenía en una tónica similar: “cuando encuentran un gremio fuerte y decidido, que en sus filas tienen almas viriles y dispuestas a no hacerse arrebatar las mejoras obtenidas por medio de sus armas de combate, entonces no logran su objeto los patrones”.⁷ Ahora bien, esta suerte de “talismán” – derivado del *high skilled* – funcionaba en la medida en que los trabajadores permanecieran ligados como gremio, sobre todo en lo relativo a las formas y ritmos de trabajo. De allí las referencias permanentes al sindicato como una “familia”:

La sociedad [gremial] tiene la fuerza de hacernos tener más contacto con los demás compañeros, es nuestro segundo hogar, después de nuestra familia, viene la sociedad y debemos amarla como se puede amar a cualquier ser más querido porque una es de amor, y la otra se trata de la vida, y una sin la otra, no es posible vivir.⁸

En el mismo número del periódico ebanista se convocaba a volver al sindicato, aseverando: “que una vez y para siempre comprendan que el que está alejado de nosotros es un traidor de sus mismos intereses y de su familia”.⁹ El repertorio discursivo sobre la familia tenía un doble anclaje: por un lado, en el espacio laboral, fortaleciendo la organización sindical en tanto gremio-comunidad de oficio; por el otro, en los hogares, representado en la figura arquetípica del padre-trabajador-proveedor. Según ha sido analizado para el caso anarquista local, aún los discursos más radicalizados se sostenían sobre características biológicas atribuidas a las mujeres, presuponiendo una postura política conservadora, cierta sensibilidad innata y una función irremplazable en el hogar (Barrancos 1990 pp. 269-281). Al respecto, otros trabajos han disminuido la importancia de la estructura familiar y del rol de proveedor del varón (Ben 2007 p. 444).

Como término general dentro del gremio-familia, es posible distinguir la virilidad, en tanto atributo deseable y fundamental, asociado a la militancia sindical y política, y que implicaba también cierta altivez. El compromiso con el sindicato coagulaba un determinado sentido de pertenencia, del cual resultaba un ámbito de sociabilidad donde valores como el compañerismo, la dignidad, la respetabilidad e, incluso, eventualmente la asistencia solidaria, integraban el repertorio de acción gremial, junto con otras actividades organizativas, culturales y de propaganda, como se ha estudiado para el caso ferroviario (D’Uva & Palermo 2015). Años más tarde, en el contexto de “la huelga de la pino tea” de enero de 1909, ocurrida en los boliches “rusos”, el *sindicalista* Luis Macchia sentenciaba desde las columnas del periódico gremial: “Los compañeros rusos de la sociedad Ebanistas se han lanzado varonilmente a la lucha. ¡Debemos los demás imitarlos! No hacerlo es dar muestras de cobardía, que tenemos miedo, ¡y rehusamos la pelea!”.¹⁰ Los obreros judíos, llamados indistintamente “rusos”, constituían el subsector más explotado, trabajando jornadas superiores a las doce horas y por ínfimos salarios a destajo (Koppmann 2020). La proclama sindical pivoteaba sobre cierto “estereotipo positivo” en la idea de seguir el (varonil) ejemplo de los compañeros rusos, en un contexto de baja conflictividad. A la inversa, las clases dominantes solían nutrir el “estereotipo negativo”, asociando a los obreros judíos con las redes de tráfico y prostitución de blancas (Simonetto 2020; Yarfitz 2019).

En términos ideológicos y hasta prácticos, estos valores característicos de la masculinidad solían extrapolarse al carácter que debían adoptar las estructuras sindicales:

Las organizaciones, si no han desaparecido, han perdido la audacia que tanto las distinguió en los años anteriores y junto con la audacia se fue de muchas de estas la virilidad. Organizaciones combativas, vigorosas, las hemos visto amodorradas, vacilantes, hasta buscar en los supremos instantes de batalla la muleta de la legalidad: ¡hasta se dejaron vencer sin un noble y fiero gesto de violencia!¹¹

La valentía y la actividad “vigorosa” por oposición a la cobardía y la pasividad “amodorrada”, identificada con la mediación del estado burgués, constituían los extremos de una representación clásica en el repertorio discursivo de las izquierdas en los albores del siglo. En una mirada panorámica, la construcción de la masculinidad obrera entre los madereros no estaba alejada de los límites que ceñían la identidad de género sobre la cual se apuntalaban otros oficios y labores: el enaltecimiento de la virilidad, el coraje y la bravura aparecían como las virtudes distintivas del trabajador “modelo”, en contraste con el rol asignado a la mujer, recluida a la esfera privada e identificada con el sexo “débil” y “sensible” (Fernández Cordero 2015).

En ocasión de una huelga general maderera en julio de 1916, 400 huelguistas rusos convocaron una reunión familiar, donde “se puso de manifiesto el objeto de la huelga, a fin que no se creyeran esas compañeras que sus esposos

desertaban del trabajo por haraganería, pero que en cambio era para llevar un poco más de pan a sus hijos”.¹² Ergo, si en virtud de la división sexual del trabajo, las mujeres se encargaban de los trabajos domésticos (incluyendo la crianza y los cuidados), los varones podían involucrarse en el movimiento de lucha sin límite de tiempo, justificando además su ausencia del hogar. La excusa, por otro lado, era típica y reposaba en la estructura productiva jerárquica ya mencionada, que ubicaba al trabajador hombre como proveedor del hogar y segregaba a las mujeres en labores con menor cualificación como resultado de cierta “esencia” genérica, que permitiría compatibilizar las funciones de la reproducción social con la posibilidad de generar algún ingreso extra para completar el magro presupuesto familiar, en general trabajando a domicilio (Nari 2004). En este sentido, el trabajo femenino se veía como complementario del masculino. De acuerdo con el DNT, en la ciudad de Buenos Aires de 1913, más del 80 por ciento de las personas ocupadas en el trabajo domiciliario eran mujeres.¹³

A la hora de hacer huelga, es indudable que afloraban todas las tensiones acumuladas con respecto a la virtual desaparición del “hombre de la casa” (y, por ende, de las responsabilidades que, si bien bastante menores que las femeninas, existían). En el contexto de una vida ya de por sí precaria y miserable, los enfrentamientos laborales generaban severas alteraciones de las relaciones familiares cotidianas, como rememora el anarquista Grunfeld:

La encargada del conventillo se presenta a cobrarle el alquiler a una vecina y esta le dice: “Ya sabe que mi marido está en huelga y casi no tenemos qué comer”, a lo que contestó (más o menos así): “anche el mío marido; se juntano, gridano e spichamo vino en la cantina...” [“igual que mi marido... se juntan, gritan y chupan vino en la cantina”] (Grunfeld 2000 p. 94).

Es cierto que en la temporada “alta” de conflictividad, cientos de trabajadores varones se movilizaban a las asambleas, organizaban reuniones, juntaban aportes, en una palabra, se *vivía* la huelga con suma intensidad. Los esfuerzos no eran nimios y el tiempo que requerían era altísimo: desde la impresión de un panfleto con tecnología escasa, que luego se distribuía, hasta la vigilancia de los talleres, que demandaba horas y horas. Es evidente que, mientras tanto, alguien se estaba encargando de cuidar y alimentar a la prole y a cualquier pariente (o vecino) anciano o enfermo, limpiar la habitación del conventillo (donde solían vivir varias personas), lavar la ropa y, como dijimos, también trabajar a domicilio, fuera por ejemplo bajo el *sweating system* como costurera, fuera como lavandera, entre los oficios más extendidos. La prostitución, por otra parte, nunca dejaba de ser una posibilidad para “ganar el mango”.¹⁴ En el imaginario popular, “la costurerita” representaba a aquella jovencita que se había ido “por el mal camino” del juego, la prostitución, los “amoríos”, etc., siendo un tópico cotidiano de la prensa socialista y anarquista así como del tango (Guy 1991).

Con el ascenso de la conflictividad laboral, esta clase de construcciones identitarias por oposición salían a relucir. En el marco de una huelga de carpinteros de la construcción, *circa* septiembre de 1904, desde el diario libertario se arengaba: “Continúan llenos de aliento, empeñados en el movimiento huelguista que tan virilmente vienen sosteniendo los obreros carpinteros”.¹⁵ Valiéndose de una expresión típica de la época, se relacionaba la virilidad con la posibilidad de ganar; sin ella, las luchas se tornaban débiles y serían derrotadas. De igual modo, se prevenía contra el cese de la medida razonando que “es necesario conservar la dignidad, pues, también la dignidad es víctima de la mentira y de la falsedad, puesto que ellos la interpretan a viceversa, creen que la dignidad del hombre es dar al honrado productor poco pan, poca libertad”, asociando de esta manera la dignidad con la valentía y la solidez moral mostrada en la lucha, propia de los trabajadores (y no de los patrones).¹⁶

En este mismo conflicto, se narraba que la hija de un huelguista “se encargaba de cuidar a sus numerosos hermanitos” y que un día, al escupir sangre, trató de ir al hospital pero que, como requería un certificado emitido por la policía, este fue denegado por ser hija de un obrero en paro, mostrando, por un lado, que las mujeres se encargaban, en su mayoría, de las tareas de cuidado (aunque ellas mismas fueran menores) y, del otro, la precariedad de la existencia cotidiana, donde la calidad y esperanza de vida eran escasas.¹⁷ Si bien tanto anarquistas como socialistas vehiculizaron distintas iniciativas para organizar y reclamar por los derechos de las mujeres – combatiendo así la influencia del clero –, las corrientes no dejaron de reproducir un estereotipo que mantenía a los sujetos femeninos en el centro de una función social eminentemente reproductiva (Bellucci 1990).

Desde esta perspectiva, ciertas construcciones genéricas, a nivel discursivo y simbólico, parecían atravesar al conjunto del espectro político. En 1902, a raíz de un debate entre los socialistas para elegir su comité central, el ebanista Basilio Vidal diagnosticaba que “la chismografía va asumiendo en algunas de nuestras agrupaciones los caracteres de una enfermedad contagiosa (...) si no se pone coto al mal, amenaza concluir con la existencia misma del partido” y agregaba que “alguno propala murmuraciones y cuentos a semejanza de mujerzuelas chismeras, intentando meter cizaña entre los compañeros”.¹⁸ Resulta sugerente, por un lado, la creencia implícita en un discurso “verdadero” frente a otro falso (*chismoso*), que se vincularía con la rectitud moral, ajeno a la chismografía propia de las mujerzuelas; por el otro, quien enunciaba estas palabras era un militante sindical de primer orden, que llegó a ser candidato electoral y miembro del comité central. Al respecto, el artículo de Farnsworth-Alvear (1996) advierte sobre los riesgos de tomar como verídicos los relatos históricos, traduciendo de forma mecánica una narrativa centrada en el trabajador masculino y oscureciendo, de esta forma, otras dimensiones del género en las sociedades industriales. Por otro lado, las construcciones identitarias masculinas por oposición a las mujeres pueden ser rastreadas en otros países, como se ha observado para el caso español (Souto Kustrín 2009).

En resumen, si más arriba afirmamos que existían trayectorias laborales y sociales dispares dentro del universo de trabajadores en madera y, por ende, identidades gremiales diferentes, en el terreno de la construcción y práctica de las masculinidades, por el contrario, los rasgos enunciados no eran distintos de otros sectores del movimiento obrero de la época, no obstante no dejan de ser significativos para el caso bajo estudio.

“Los traidores”: vida sindical frente al crumiraje y los pequeños patrones

La clase, los oficios, los rasgos étnicos, los vectores del género así como el clima de época modelaron una subjetividad peculiar, quizás en parte similar a otros sectores de trabajadores aunque asumiendo características específicas y distintivas para la rama maderera. Asimismo, para estudiar las identidades, resulta imprescindible abordar los imaginarios y la construcción de la otredad en tanto espacio de prácticas y significados contra el cual, precisamente, se delimitaba un espectro identitario. En esta dirección, dos clases de personajes representaron de forma paradigmática a los llamados traidores: los rompehuelgas y los obreros devenidos patrones. Desde el punto de vista sindical, la intromisión de los crumiros en los lugares de trabajo significaba la amenaza potencial de que la huelga fracasara. Desde la óptica patronal, el accionar sindical se oponía a la “libertad de trabajo”, en una tensión que fue constante durante todo el período.¹⁹ Es cierto, sin embargo, que la fuerza de trabajo adventicia solía desconocer los oficios madereros, con excepción de algunas labores sencillas, como el aserrado o la estiba. Esto era válido en la medida en que la tasa de empleo se mantenía alta y, por lo tanto, resultaba mucho más conveniente para un oficial mueblerero emplearse en un taller que arriesgarse a trabajar fuera del sindicato y en el marco de un conflicto laboral. No obstante, con la llegada de los primeros contingentes de rusos *circa* 1905, los empleadores dispusieron de rompehuelgas que, quizás sin conocer finamente el oficio, podían realizar algunos trabajos y, sobre todo, no podían entenderse fácilmente con los huelguistas, por la barrera idiomática.

Ahora bien, ¿qué lugar ocupaba el crumiro dentro de las representaciones de la vida sindical? El obrero “carnero” era, en primer lugar, un traidor a su clase *ergo* un “vendido” a la patronal, a quien servía cual súbdito: “El fabricante, ávido de observar debilidades en su obrero, saboreó muy apetitosamente esta sumisión incondicional de un alma servil”.²⁰ El rompehuelgas era, entonces, alguien por definición “débil”. En la misma dirección, “sólo tiene en su taller cuatro miserables de alma tan negra como la de él, que cometieran la bajeza de aceptar incondicionalmente ser traidores de sus compañeros”.²¹ Un segundo aspecto atañía al trato que merecía, identificado con el “ajusticiamiento”: “Recomendamos estos repugnantes reptiles que vilmente nos traicionaron en las últimas huelgas. La vez que pretendan ir a trabajar en otros talleres, fuera de los que están, apliquemos su merecido camaradas”.²² En otras palabras, el empleo de la violencia: “en esta huelga hubo compañeros que pusieron

en práctica sus conocimientos de dentista, bajándoselos a un traidor”.²³ En tercer lugar, dado que para poder oficiar de rompehuelgas era necesario tener algún conocimiento del oficio, no era extraño que fueran obreros otrora sindicalizados quienes realizaran esta tarea. Entre los ebanistas, es significativo el caso de Nicolás Maglia: tesorero en el sindicato *circa* 1900, es luego denunciado en el periódico gremial por “carnero” en 1910.²⁴ Los crumiros solían ser identificados con nombre, apellido y hasta dirección particular, muchas veces acompañando las señas con una foto, como la que se presenta a continuación:

Figura 4. *El obrero constructor de rodados*, núm. 35, agosto 1909.



Las fotos de carneros resultan significativas en varios sentidos: por las implicancias de la carne y el comercio lanar en un país agroexportador como la Argentina; por transfigurar humanos en animales; finalmente, por representar a “quienes se dejan esquilarse” (como mansas ovejas).

La otra figura antagónica eran los obreros convertidos en patrones, situación habilitada por el estadio de desarrollo del capitalismo argentino, y en particular, la forma de cooperación simple; como dijimos, muchas veces el dueño trabajaba a la par de sus obreros (incluso utilizando las herramientas de los empleados).²⁵ Al igual que con los trabajadores sindicalizados devenidos rompehuelgas, no era extraño que referentes de la vida gremial se convirtieran en patrones, instalando su propio taller y contratando obreros. Dentro del gremio ebanista, se destaca el caso de Martín Cutillo: preso dos veces durante el estado de sitio 1905 en calidad de secretario general del sindicato, hacia 1910 montó su taller y ayudó a organizar un *lockout* de las patronales muebleras.²⁶ La figura de los traidores era esencialmente distinta a los rompehuelgas: mientras que los primeros eran serviles y vendidos, los segundos directamente integraban la categoría de capitalistas, a pesar de sus penurias evidentes.

En ocasión del intento por conformar un sindicato paralelo durante una huelga de los constructores de carruajes en 1906, que se extendió durante más de 45 días, se afirmaba que “el ciudadano German Londex, iniciador de la sociedad Libre Trabajo, sigue los preparativos de organización, aportando un contingente de individuos alcoholistas y nulos en el trabajo de construcción y reparación de carruajes”.²⁷ La representación de los rompehuelgas como alcohólicos e incapaces en el trabajo no era en absoluto casual; expresaba, por el contrario, la perspectiva de un sector obrero con alta cualificación, cuya destreza en el proceso productivo garantizaba una serie de prerrogativas dentro y fuera del sitio laboral así como, en línea con lo dicho más arriba, un signo de status social, tanto frente a los patrones como en relación al resto de la clase trabajadora. En este sentido, podríamos afirmar que, si algo caracterizó en particular a la construcción de la masculinidad maderera, fueron estos rasgos de honorabilidad, sobriedad y respeto, hilvanados desde el sitio laboral y las formas de estructuración sindical hacia el conjunto de valores y costumbres del universo gremial. Quizás estos rasgos fueron compartidos con otros sectores pero, sin dudas, jalonaron la trayectoria de esta fracción obrera.

El contrapunto de los traidores eran aquellas instancias donde se recreaba la unidad colectiva de la familia sindical: las fiestas, los picnics, los bailes y las veladas culturales. *Circa* 1910, el fútbol comenzó a ocupar un lugar central dentro del tiempo recreativo. En el picnic que realizaron los libertarios en la isla Maciel a beneficio de *La Protesta* y de la “Escuela Moderna”, además de distintas carreras, la programación ofrecía un partido de fútbol, con una conferencia de dos “compañeros” durante el entretiempo.²⁸ El baile, la orquesta, las rifas y las obras de teatro eran otros componentes infaltables, como en la velada realizada por el sindicato carpintero en 1914, que contó con una conferencia del anarquista de origen mapuche, Hermenegildo Rosales, intercalada con la obra “Sobrevivirse”.²⁹ Entre los ebanistas, el festival aniversario de 1909 comenzó con una charla del *sindicalista* Luis Bernard, quien afirmó que el objetivo de esas celebraciones era “estrechar cada vez más la solidaridad de clase que como explotados nos une, y vincular nuestros afectos en las familias obreras”; en el tramo final, exhortó a la mujer “a que ella también coopere con la obra revolucionaria”, estimulando “con palabras de aliento y cariño” a sus compañeros, hijos y hermanos.³⁰ En otros términos, la mujer del obrero sólo cooperaría con la “obra revolucionaria” manteniéndose por detrás de la acción, alentando y, sobre todo, guardándose de no molestar al hombre: “para que cuando vuelva a su hogar, después de una jornada de lucha no reciba las recriminaciones y censuras injustas, que casi siempre es objeto de parte de ellas”.³¹

El uso del plural remite al orden social instituido de manera “natural”, en el cual la reproducción diaria e intergeneracional de la fuerza de trabajo recae sobre las mujeres, funcionando el *statu quo* como una “inmensa máquina simbólica”, que legitima la dominación masculina – en la que se apoya –, mediante la división sexual del trabajo, la estructura del espacio y del tiempo (Bourdieu, 2012). En este punto, no hay ninguna novedad: el ámbito público, de la mili-

tancia y la participación político-sindical se reservaba para los hombres y permanecía vedado para las mujeres, para quienes quedaba la esfera privada (el hogar) en tanto sustrato de la unidad reproductiva elemental: la familia. Era en ocasión de los eventos recreativos cuando estos dos mundos – tan alejados – se reencontraban.

En el terreno cultural, uno de los pocos puntos de acuerdo entre sindicalistas revolucionarios, anarquistas y socialistas era su posición sobre el carnaval. En efecto, para las tres corrientes el carnaval diluía las fronteras que separaban a la clase obrera de la burguesía, al propiciar el uso de máscaras y disfraces: “En el mundo capitalista todo es simulación y convencionalismo, todo es apariencia, es decir, todo es disfraz”.³² Para el articulista, el carnaval producía una suerte de inversión, incluso de la identidad de género:

No faltarán los que todo el año se especializan en aparentar hombría, pero que llevan bajo las apariencias un alma de mujerzuela, que tomarán el hábito que realmente les corresponde. Flojos, maricas, disfrazados de hombre, todo el tiempo de su vida, toman las vestimentas adecuadas a su modo de ser. Pero estos bichos no son hombres y tampoco pueden ser mujeres.³³

Las “maricas”, los “bichos” no serían hombres, tendrían alma de “mujerzuela” y, además, serían “flojos”. La expresión “mujerzuela”, como vimos más arriba, no era casual; en el marco de un debate con los anarquistas, el *sindicalista* Malfatto afirmaba: “mujerzuela como se les debe llamar a esos que gritan y no producen conmociones en el terreno capitalista; es menester hechos y entonces les llamaremos machos, les llamaremos hombres íntegros que no se amedrentan ante el peligro”.³⁴ Es decir, los hombres “machos” producían hechos y, en cambio, las mujeres solamente palabras, incluso muchas veces malintencionadas, como se reprendía a quienes no querían cotizar al sindicato porque pensaban “que dicho peso va a parar en los bolsillos de aquellos compañeros que están al frente de nuestro gremio”, destacando que “Sería tiempo ya que estos obreros que se precian de conscientes se dejaran de chismes, propios de mujeres”.³⁵ ¿Quiénes eran, entonces, “los hombres”? En otro debate, se señalaba que

Los señores de *La Protesta* (...) ante nuestros ataques violentos, ásperos (como luchan los fuertes y los leales), han buscado por ahí a una Juana... de Arcos que los defienda. Pero nosotros somos como los soldados franceses en el Siam, no aceptamos la lucha contra mujeres. (...) Nosotros no somos como los señores aludidos que son hombres y mujeres a la vez. Los sindicalistas somos todos hombres.³⁶

De esta forma, los hombres se caracterizaban por su fortaleza, su lealtad (contraria a la traición) así como por el empleo de la violencia. En una denuncia contra un socialista que había roto unos volantes, se lo amenazaba en los siguientes términos: “Le pedimos al cobarde y manflora que no teniendo el coraje de discutir con nosotros y decirnos lo que sentía como hombre, (...) lo invi-

tamos a que pase por nuestra secretaría”.³⁷ Por ende, lo opuesto a esta concepción de la masculinidad era la cobardía del “manflora” (o “marica”), que no se podía expresar “como hombre”.

Finalmente, debemos referirnos a los contornos y decurso de la “mala vida”, en cierto modo la “otra cara de la moneda” de las fiestas sindicales (Guy 1991). En los intersticios más sombríos de la ciudad, aunque situados en sus zonas céntricas, funcionaban una pléyade de prostíbulos legales, cuyo número creció desde 292 en 1920 hasta 957, en 1925; según un registro de 1919, el 77 por ciento de las prostitutas eran extranjeras (Rapoport & Seoane 2007 p. 391). Como sugiere Ben (2007 p. 443), la existencia de numerosas áreas urbanas de prostitución y burdeles plantea que muchos hombres interactuaban más con prostitutas que con otras mujeres, con la excepción de sus esposas y parientes femeninas. Más allá de las ordenanzas municipales, detenciones y juicios ocasionales a proxenetas y traficantes, la prostitución legal e ilegal persistió sin solución de continuidad hasta la actualidad, signando la construcción de la sexualidad de varias generaciones.

Conclusiones

En la ciudad de Buenos Aires de comienzos del siglo XX, el mundo de la madera se erigió como un sector económico clave dentro del proceso de expansión urbana. La centralidad de esta rama productiva constituyó un escenario donde floreció una experiencia proletaria de gran profundidad y riqueza, articulando dimensiones como el oficio y la cualificación, la etnicidad, el género, entre otras. El artículo enfocó el proceso de construcción de las masculinidades obreras y cómo el género envolvió y condicionó a la vez la formación de la clase. Se analizaron las particularidades dentro de la rama maderera, a veces contrastantes, entre los subsectores y oficios así como la divergencia en las trayectorias sindicales, permeadas por la iniciativa variable de las corrientes de izquierda. En este punto, la transmisión hereditaria del oficio entre varones representaba uno de los principales eslabones que apuntalaba el espíritu de cuerpo de la comunidad gremial. Eran los trabajadores hombres, por otra parte, quienes arribaban primeros al país, iniciando la “cadena migratoria” familiar o de allegados. La asimetría entre hombres y mujeres de la clase trabajadora, por ende, presentaba raíces muy concretas, ancladas en una estructura sexogenérica binaria, heterosexual y monogámica.

Como un segundo aspecto, una de las líneas principales que demarcaba las masculinidades obreras era el sentido auto-atribuido de virilidad y su extrapolación a las organizaciones sindicales. La virilidad era entendida como sinónimo de fuerza, decisión y, en suma, de hombría. En el plano colectivo, los sindicatos más “viriles” se apoyaban en la unidad de sus afiliados, conformando la familia gremial, la cual garantizaría, en última instancia, la provisión del hogar obrero. La propensión a una acción unificada se verificó mayormente en aquellos oficios que demandaban un conocimiento especializado (y cuyo reemplazo

era más dificultoso) mientras que, dentro de establecimientos más tecnificados como los aserraderos, los vectores de la masculinidad parecieron desplegarse en los episodios de violencia laboral cotidiana. En este punto, podríamos pensar que las actividades culturales y recreativas, congregando a los obreros con sus familias, fortalecieron los lazos de sociabilidad y, desde el punto de vista analítico, matizan y enriquecen las diferencias ya señaladas entre los distintos mundos laborales.

En tercer lugar, la construcción de las masculinidades reposaba en una estructura productiva-reproductiva que segregaba la fuerza de trabajo femenina al trabajo a domicilio y a las labores de cuidado y limpieza en los hogares y fuera de ellos. El correlato en el plano simbólico era la identificación de ciertos trabajadores con mujeres “chismosas”, débiles o incapaces. De igual manera, “maricas” y “traidores” se oponían al universo de representaciones atribuidas a la masculinidad obrera, lo cual justificaba, de forma subyacente, la violencia contra ellos, reproduciéndose como uno de los principales vectores del género y extendiéndose sin solución de continuidad hacia la “mala vida” que anidaba en los prostíbulos y cabarets.

Virilidad frente a cobardía, lealtad frente a traición, organización frente a chismes, son tan solo algunos de los posibles valores opuestos que, según identificamos, dotaban de sentido y agrupaban a los trabajadores madereros bajo el dínamo de las relaciones de género. Asimismo, se observó que el género, en este caso la masculinidad obrera, tensionaba el conjunto de los procesos de estructuración sindical y de subjetivación política, no sólo unificando a ciertos trabajadores por oposición a otros sino, además, invisibilizando el proceso reproductivo de la clase y a mujeres, niños y niñas. Este artículo expuso algunas de las posibles matrices de significados que concatenaban las masculinidades a comienzos del siglo XX, poniendo de relieve que, junto a las diferencias de oficio, étnicas o políticas, parecía existir un universo semántico, simbólico y pragmático común. A futuro, nuevas investigaciones podrían desenvolver y profundizar los múltiples puentes trazados entre las masculinidades obreras, las formas de recreación y sociabilidad popular y los procesos de lucha y organización, tomando en cuenta, además, otros actores y dimensiones muchas veces omitidas.

* * *

Walter L. Koppmann es Doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires e investigador postdoctoral en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” (UBA-CONICET). Es miembro del Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI). Recibió becas para desarrollar actividades académicas y de investigación en Francia, Holanda y Chile.

Dirección: Pacheco de Melo 3026, CP 1425, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
Correo electrónico: walter.koppmann@gmail.com

Notas

- 1 “Historia del sindicato de ebanistas”, *El Obrero Ebanista*, julio 1920.
- 2 “La industria de la madera. Su situación y perspectivas”, *Acción Obrera*, diciembre 1928. Firmada por Aurelio Hernández.
- 3 “Accidentes en el trabajo”, *La Vanguardia*, 29/10/1898; 5/11/1898; 19/11/1898; 26/11/1898; 3/12/1898; todos desarrollados en establecimientos aserraderos.
- 4 Sobre el debate organizadores-antiorganizadores, véase Oved (2013).
- 5 “Acción sindical de la Sociedad de Obreros Ebanistas, Similares y Anexos desde su fundación hasta la fecha (1896-1928). Reseña histórica presentada al gremio por la CA en ocasión del aniversario social”, Buenos Aires, Sindicato de Obreros Ebanistas, Similares y Anexos, 1918.
- 6 “Muebleros, escultores, torneros, silletteros y lustradores”, *La Vanguardia*, 16/3/1901.
- 7 “Por qué luchamos”, *El Obrero en Madera*, febrero 1907. Firmada por José Montesano.
- 8 “Sindicatos obreros”, *El Obrero Ebanista*, septiembre 1905. Firmada por Juan Cuomo.
- 9 “Aviso”, *El Obrero Ebanista*, septiembre 1905.
- 10 “¡A la lucha!”, *El Obrero en Madera*, febrero 1909. Por Luis Macchia.
- 11 “Verdades amargas”, *El Obrero en Madera*, 1/5/1912. Firmada por “Un obrero sindicalista”.
- 12 “La huelga de los ebanistas, lustradores y silletteros”, *El Obrero en Madera*, julio 1916.
- 13 Boletín del Departamento Nacional del Trabajo, núm. 25, diciembre de 1913, p. 876.
- 14 Entre otros trabajos que ejercían las mujeres: alpargateras, aparadoras, bordadoras, camiseras, corbateras, costureras, chalequeras, esterilladoras, estucheras, lavanderas, modistas, pantaloneras, planchadoras, sombrereras, tapiceras, vainilladoras, zurcidoras. *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo*, núm. 21, noviembre 1912, p. 312.
- 15 “Movimiento obrero. Obreros carpinteros y anexos”, *La Protesta*, 30/10/1904.
- 16 “Movimiento obrero - La huelga de carpinteros”, *La Protesta*, 28/12/1904.
- 17 “El odio al pobre”, *La Protesta*, 1/11/1904.
- 18 “Chismografía”, *La Vanguardia*, 1/2/1902.
- 19 “La libertad de trabajo y el krumirage”, *El Obrero en Madera*, septiembre 1911.
- 20 “Movimiento gremial. Capital. Constructores de carruajes. Para los pusilánimes”, *El Obrero Constructor de Rodados*, septiembre 1909.
- 21 “Nuestra indiferencia”, *El Obrero Carpintero*, diciembre 1913.
- 22 “Movimiento gremial. Constructores de carruajes. Capital”, *El Obrero Constructor de Rodados*, marzo 1909.
- 23 “Informe anual de la comisión directiva – consideraciones generales. Casa Baron Pers”, *El Obrero Constructor de Rodados*, marzo 1910.
- 24 “Unión Obreros Ebanistas”, *La Vanguardia*, 27/1/1900; “Ebanistas”, *La Acción Socialista*, 14/6/1910.
- 25 “Sobre el banco y herramientas”, *El Obrero en Madera*, enero 1909.
- 26 “Virutas. La resurrección de los piojos”, *La Acción Socialista*, 16/4/1910.
- 27 “Constructores de carruajes”, *La Vanguardia*, 27/3/1906.
- 28 “Gran pic-nic”, *La Protesta*, 5/3/1910.
- 29 “Función y conferencia”, *El Obrero Carpintero*, diciembre 1913.

- 30 “La fiesta de los ebanistas”, *El Obrero en Madera*, 1/8/1909.
 31 *Ibidem*.
 32 “A propósito del carnaval”, *El Obrero en Madera*, enero 1909. Firmada por Floreal.
 33 *Ibidem*.
 34 “La cuestión panza”, *El Obrero en Madera*, 15/3/1910. Firmada por Luis Malfatto.
 35 “Ebanistas. Informe de Secretaría. Cuota mensual”, *El Obrero en Madera*, marzo y abril 1912.
 36 “Notas y comentarios”, *La Acción Socialista*, 16/4/1910.
 37 “A un socialista”, *El Obrero en Madera*, febrero 1909. Firmado por “La Comisión”.

Referencias

- Archetti, E. (2003). *Masculinidades: fútbol, tango y polo en la Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Arruzza, C. (2013). *Dangerous liaisons: The marriages and divorces of Marxism and feminism*. Londres: Merlin Press.
- Barrancos, D. (1990). *Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo*. Buenos Aires: Contrapunto.
- Beattie, P. M. (1996). The House, the Street, and the Barracks: Reform and Honorable Masculine Social Space in Brazil, 1864-1945. *Hispanic American Historical Review*, 76(3), 439–474. <https://doi.org/10.1215/00182168-76.3.439>
- Bellucci, M. (1990). Anarquismo, sexualidad y emancipación femenina. Argentina alrededor del 900. *Nueva sociedad*, (109), 148–157.
- Ben, P. (2007). Plebeian Masculinity and Sexual Comedy in Buenos Aires, 1880-1930. *Journal of the History of Sexuality*, 16(3), 436–458.
- _____. (2017). Global Modernity and Sexual Science. The case of male homosexuality and female prostitution, 1850-1950. En Fuechtner, V. et al. (eds.), *A Global History of Sexual Science, 1880-1960*. California: University of California Press. <https://doi.org/10.1525/9780520966673>
- Bernal, A. (2015). Rastreado al macho argentino a partir de dos cuentos de Borges. *Variaciones Borges*, (39), 181–198.
- Bhattacharya, T. (ed.) (2017). *Social reproduction theory. Remapping class, recentering oppression*. Londres: Pluto Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctt1vz494j>
- Bourdieu, P. (2012). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Camarero, H., & Ceruso, D. (2015). Una historia del sindicato de la madera: organización gremial e influencia de la izquierda en las luchas obreras, Buenos Aires, 1917-1943. *el@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, (50), 1–15.
- Camarero, H. (2011). Del auge al declive: las corrientes de izquierda y los trabajadores antes del peronismo. Elementos para una interpretación teórica e historiográfica global. *Iberoamérica Global*, (2), 49–79.
- Caruso, L. (2016). Hombres a bordo: experiencia laboral y masculinidades en el mundo del trabajo marítimo en la primera posguerra. En Andújar, A. et al. (eds.), *Vivir con lo justo. Estudios de historia social del trabajo en perspectiva de género: Argentina, siglos XIX y XX*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Darnton, R. (1984). *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Devoto, F. (2009). *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana

- Drinot, P. (2005). Food, race and working-class identity: restaurantes populares and populism in 1930s Peru. *The Americas*, 62(2), 245–270. <https://doi.org/10.1353/tam.2005.0160>
- D’Antonio, D. (2000). Representaciones de género en la huelga de la construcción. Buenos Aires, 1935-1936. En Gil Lozano, F. et al. (eds.), *Historia de las mujeres en la Argentina* (pp. 245–265). Buenos Aires: Taurus, vol. 2.
- D’Uva, F. &, Palermo, S. (2015). Vida sindical y sociabilidades masculinas: los trabajadores ferroviarios en la Argentina de principios del siglo XX. *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, (7), 37–58. <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n7.134>
- D’Uva, F. (2019). Masculinidades obreras en los ferrocarriles: fuerza física, riesgos y responsabilidad profesional en la Argentina de principios del siglo XX. *Estudios del ISHiR*, 9(25).
- Farnsworth-Alvear, A. (1996). The Mysterious Case of the Missing Men: Gender and Class in Early Industrial Medellín. *International Labor and Working-Class History*, (49), 73–92. <https://doi.org/10.1017/s014754790000171x>
- Fernández Cordero, L. (2015). The anarchist wager of sexual emancipation in Argentina, 1900-1930. En De Laforcade, G. &, K. Shaffer (eds.), *In Defiance of Boundaries: Anarchism in Latin American History* (pp. 302-325). Florida: University Press of Florida. <https://doi.org/10.2307/j.ctvx1hsj5.17>
- Gayol, S. (2000). *Sociabilidad en Buenos Aires: hombres, honor y cafés, 1862-1910*. Buenos Aires: Ediciones del Signo.
- Grunfeld, J. (2000). *Memorias de un anarquista*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Gutiérrez, F. (2013). Desigualdad social, masculinidad y cualificación en el sindicalismo azucarero: Tucumán, 1944-1949. *Anuario IEHS*, (28), 59–75.
- Guy, D. J. (1991). *Sex & danger in Buenos Aires: prostitution, family, and nation in Argentina*. Nebraska: University of Nebraska Press.
- Hobsbawm, E. (1998). *La era del imperio*. Barcelona: Crítica.
- Klubock, T. (1998). *Contested Communities. Class, gender and politics in Chile’s El Teniente Copper Mine, 1904-1951*. London: Duke University Press. <https://doi.org/10.1215/9780822378099>
- Koppmann, W. L. (2020). Radiografía sobre la presencia obrera judía en la industria de la madera y del mueble de la ciudad de Buenos Aires, 1894-1921. *A Contracorriente*, 17(3), 143–172.
- Lida, M. (2016). Círculos de Obreros, nación, masculinidad y catolicismo de masas en Buenos Aires (1892-década de 1930). *Anuario Digital*, (28), 15–38. <https://doi.org/10.35305/neh.v0i28.185>
- Maristany, J., &, Peralta, J. (Comp.) (2017). *Cuerpos minados. Masculinidades en Argentina*. La Plata: EDULP.
- McGee Deutsch, S. (2006). Contra “el gran desorden sexual”: los nacionalistas y la sexualidad, 1919-1940. *Sociohistórica*, (17-18), 127–150.
- Menjívar Ochoa, M. (2010). Trabajadores afro-descendientes, masculinidad y violencia en la bananera. Caribe de Costa Rica, 1900-1930. *Sociotam*, 20(1), 59–84.
- Nari, M. (2004). *Políticas de maternidad y maternalismo político*. Buenos Aires, 1890-1940. Buenos Aires: Biblos.
- Navarro López, J. (2019). Fiesta, alcohol y entretenimiento popular. Crítica y prácticas festivas del Partido Obrero Socialista (Chile, 1912-1922). *Historia*, 1(52), 81–107. <https://doi.org/10.4067/s0717-71942019000100081>
- Nieto, A. &, Laitano, G. (2019). ‘Muñecas bravas en un nido de ratas’. Notas sobre las representaciones masculinas y el protagonismo femenino en las luchas gremiales de la industria del pescado. *Ejes de Economía y Sociedad*, 3(4), 56–80.

- Oved, I. (2013). *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Palermo, S. (2009). Masculinidad, conflictos y solidaridades en el mundo del trabajo ferroviario en Argentina (1912-1917). *Mundos do Trabalho*, 1(2), 94–123.
- Patroni, A. (1897). Los trabajadores. Buenos Aires: La vanguardia.
- Poy, L. (2020). *El Partido Socialista argentino, 1896-1912. Una historia social y política*. Santiago de Chile: Ariadna Ediciones.
- Putnam, L. (2011). Undone by desire: migration, sex across boundaries, and collective destinies in the greater caribbean, 1840-1940. En Gabaccía, D. R. et al. (Eds.), *Connecting Seas and Connected Ocean Rims. Indian, Atlantic, and Pacific Oceans and China Seas Migrations from the 1830s to the 1930s*. Londres: Brill. <https://doi.org/10.1163/ej.9789004193161.i-552.77>
- Rapoport, M. & Seoane, M. (2007). *Buenos Aires. Historia de una ciudad, 1880-1955*. Buenos Aires: Planeta.
- Rodríguez, F. (2010). ¿Masculinidad clasista? aportes a un debate abierto en el campo de la historia latinoamericana contemporánea. *Fazendo Gênero 9 Diásporas, Diversidades, Deslocamentos*, UFSC.
- Savigliano, M. (1993-94). Malevos llorones y percantas retobadas: el tango como espectáculo de razas, clases e imperialismo. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, (19).
- Scheinkman, L. (2015). ‘¿Dónde están los machos?’ Sindicalización anarquista, masculina y femenina en la industria del dulce (Buenos Aires, 1920-1929). *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, (7), 15-35. <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n7.133>
- Simonetto, P. (2020). El sexo de las naciones: producción y circulación global de narrativas de la trata de blancas en la Argentina (1900-1936). *Revista Tempo e Argumento*, 12(29), 1–33. <https://doi.org/10.5965/2175180312292020e0201>
- Solberg, C. (1969). Immigration and Urban Social Problems in Argentina and Chile, 1890-1914. *Hispanic American Historical Review*, 49(2), 215–232. <https://doi.org/10.1215/00182168-49.2.215>
- Souto Kustrín, S. (2009). De las protestas populares a las protestas de clase: la lucha por las subsistencias, los oficios y las huelgas generales. En Reverte, J. (ed.), *Luchadores. Historia del movimiento obrero en Madrid* (pp. 25–136). Madrid: Ediciones GPS.
- Stedman Jones, G. (2014). *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*. Madrid: Siglo XXI.
- Suriano, J. (2001). *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*. Buenos Aires: Manantial.
- Teixeira da Silva, F. (2004). Valentia e cultura do trabalho na estiva do Santos. En Batalha, C. et al. (Orgs.). *Culturas de classe*. Campinas: Unicamp.
- Yarfitz, M. (2019). *Impure migration: Jews and sex work in Golden Age Argentina*. New Jersey: Rutgers University Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctvscxsh2>